

Del realismo utópico de Julio Ditttrich y Pierre Quiroule al historicismo contra–utópico de Eduardo Holmberg

Rubén Dellarciprete •
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

La comparación por oposición de tres novelas argentinas de principios de siglo XX, que presentan como motivo el utopismo, nos permite indagar sobre el sentido mesiánico de dos de las ficciones (*Buenos Aires en el 1950* de Julio Ditttrich y *La ciudad anarquista americana* de Pierre Quiroule) y la re–fundación histórica de una sociedad «ideal» por medio del discurso narrativo, en *Olimpio Pitango de Monalia* de Eduardo Holmberg. Tanto Ditttrich como Quiroule, militantes de las corrientes socialistas y anarquistas activas en la época, construyen modelos ficcionales alternativos al industrialismo capitalista imperante. Holmberg, por el contrario, narra un proceso que transforma un sistema utópico establecido en una contra–utopía. A diferencia de Ditttrich y Quiroule, Holmberg no va a necesitar movilizaciones sociopolíticas para producir el reemplazo del *statu quo*. Por medio de la representación simbólico–discursiva, su protagonista desplaza el estado de hecho por un relato modernizador.

50 51

Palabras clave:

· utopismo · mesianismo · socioanarquismo · narratividad · historicismo · liberalismo

• Doctor en Letras, Licenciado y Profesor de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor de Literatura Argentina I de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Profesor de la Maestría en Literaturas Comparadas. Miembro Investigador del Centro de Literaturas y Literaturas Comparadas e Investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Director de la revista Plures. Artes y Letras de la Universidad Nacional de La Plata.

Abstract

The comparison by opposition of three Argentinian novels of the beginning of century XX, that present as topic the utopianism, allow us investigate about the meaning of two of the fictions (*Buenos Aires en el 1950* by Julio Dittrich and *La ciudad anarquista* americana by Pierre Quiroule) and the historical foundation of an «ideal» society by means of the narrative discourse in *Olimpio Pitango de Monalia* by Eduardo Holmberg. Dittrich and Quiroule, activist of socialism and anarchism at that time, construct alternative fictional models to prevailing industrial capitalism. Holmberg, by contrast, narrates a process that transforms an established utopian system to a contra-utopía. In contrast with Dittrich y Quiroule, Holmberg doesn't need social-politics mobilizations to substitute the statu quo. Its main character, through the symbolic-discursive representation, displaces the state in fact for a modernizing story.

Key words:

· utopianism · messianism · social-anarchism · narrative · historicism · modernity

El origen: literatura y utopía

Las ciudades o países imaginarios, conforme el pensamiento de Jorge Jiménez Hernández, fueron representados literariamente como utopía o como relato histórico. Estos tipos de constructos discursivos propusieron sociedades ficcionales (producto de una meditada intención «fabuladora») y planearon proyectos futuros con el fin de operar políticamente sobre el lector y las sociedades del presente de la escritura.

Toda narración (sea literaria o histórica) utiliza un conjunto de recursos retóricos comunes. Para una sistematización más precisa del estatuto que pretendemos conferirle al texto utópico, podemos hacer nuestra la siguiente afirmación de Jorge Jiménez Hernández:

Los procesos discursivos consistentes en *ficcionalizar* (lo prospectivo/desiderativo propio del utopista o del artista) por un lado, y un *describir* (propio del cronista o el historiador) por el otro, son —a partir de un cierto enfoque de la filosofía de la imaginación— esencialmente equivalentes, ya que la construcción discursiva tanto «*a priori*» (ficcionalizar), como «*a posteriori*» (describir), está tramada por un conjunto de categorías lógicas, epistemológicas, ontológicas, estéticas, políticas y culturales que le dan consistencia al acto imaginario que sirve de base para ambas producciones discursivas. (13)

Desde la aparición de *Utopía* de Tomás Moro (1516), el título comenzó a trascender esa obra en particular para convertirse, prácticamente, en un «género». A

partir de Moro, utopía se llamó a todos los textos (en principio inspirados en su obra) relativos a sociedades ideales en lugares aislados en el espacio, lejanas en el tiempo y autónomas de la causalidad histórica. *La ciudad del sol* (1602) de Tomaso Campanella, *La nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon, *Cristianópolis* (1629) de Jhoan Valentín Andrea, *Oceana* (1656) de James Harrington continuaron un catálogo de obras que se fue multiplicando hasta la actualidad. Incluso después de la irrupción del género se atribuyeron intenciones utópicas a textos escritos en períodos previos. Desde esta nueva perspectiva pueden leerse distintos pasajes de la *Biblia*, *La República* de Platón, *Civitas Dei* de San Agustín o la *Blanquerna* de Raimundo Lulio. La filiación utópica de *Olimpio Pitango de Monalia* de Eduardo Holmberg, obra que utilizamos como eje de estudio, no registra una continuidad sin bifurcaciones respecto del «género» de origen. Al configurarse como un texto de carácter satírico o irónico, el sentido lineal que portan los textos modélicos se encontraría deformado o subvertido por la reescritura que practica Holmberg.

52 53

En cuanto al canon de la escritura utópica, sus preceptos básicos son respetados. La arquitectura geopolítica que presenta el estado de Monalia, dispone estratégicamente de la insularidad, la autarquía, la ucronía y la reglamentación previstas. La continuidad de estos principios le permite, además, cotejar la transgresión o inversión del mundo ideal que Holmberg propone promediando la novela. Como sucesor de la escuela rabelsiana su espíritu crítico y bufonesco cuestiona la invulnerabilidad de los significantes, y desestabiliza el pensamiento único, alejándose de la escuela realista, estética que había dominado gran parte el siglo XIX. Recordemos que *Olimpio Pitango de Monalia* fue escrito entre 1912 y 1915 y publicado por Gioconda Marún recién en 1994.

Para poder ubicar con mayor precisión las coordenadas histórico-imaginarias en las que Eduardo Holmberg sitúa su isla-estado, es conveniente establecer un esquema mínimo que describa su construcción narrativa fundamental. Jorge Jiménez Hernández, en el ensayo citado con anterioridad, sostiene que «los géneros narrativos utilizan ciertos modelos descriptivos por medio de los cuales esbozan, con mayor o menor detalle, diversos tipos de ciudades imaginarias» (99).

Jiménez Hernández clasifica la diversidad descriptiva según dos modelos básicos, uno denominado «escenográfico» y el otro «sociográfico». El primer caso tipifica los estados imaginarios en relación con escenarios espaciales (paisajes naturales o urbanos) y escenas (eventos que realizan los personajes dentro de los paisajes descriptos); a su vez divide el modelo «escenográfico» en tres especies:

- a) escenario realista o mimético;
- b) escenario anómalo;
- c) escenario fantástico.

Esta categorización descriptiva complejiza la utilizada tradicionalmente, que dividía a las sociedades alternativas en dos: las utopías del orden y las utopías de la libertad. La *Utopía* de Tomás Moro inauguraría la serie de utopías de la libertad y *La Citta del sole* de Campanella, la del orden. Fernando Ainsa argumenta que unas son utopías que describen un estado natural, ideal del ser (utopía de tradición popular y revolucionaria) y las otras utopías definen el ser del Estado (utopías institucionales y totalizantes, cuando no totalitarias).¹

La clasificación de Jiménez Hernández nos permite aprehender con mayor precisión la esquiva y ambigua representación utópica de Monalia. El escenario

realista es una representación discursiva del lugar imaginario, de acuerdo con una lógica referencial mimética, que se corresponde con la estructura de la realidad percibida por el lector. Los escenarios anómalos, en cambio, muestran alteraciones de las leyes de la realidad, respecto de las convenciones habituales. El grado de desviación depende del efecto de extrañamiento que el autor pretende producir en los receptores.

La historia interminable de Michel Ende puede resultar un buen ejemplo de esta última tipificación:

Y todo aquel valle estaba ocupado por una ciudad (...) En cualquier caso podía darse ese nombre a aquella multitud de edificios, aunque era la ciudad más disparatada que Bastián había visto nunca. Sin plan ni propósito, las casas parecían amontonarse como si fueran dados, como si sencillamente, hubieran sido sacudidas allí de su saco por algún gigante. No había calles ni plazas, ni ninguna clase de orden reconocible. Pero también los distintos edificios parecían absurdos: tenían puertas en el tejado, escaleras en sitios a donde no se podía llegar y otras que hubiera habido que recorrer cabeza abajo y que acababan en el vacío. Había puentes cuyo arco se interrumpía de pronto, como si su constructor se hubiera olvidado en mitad de la obra de lo que debía ser el conjunto. Había torres curvadas como plátanos y pirámides colocadas sobre su cúspide. En resumen, toda la ciudad producía una impresión de locura. (93)

Como se puede inferir, el texto de Ende es un homenaje o paráfrasis literaria de algunos grabados del artista holandés M.C. Escher (*Klimen en Dalen, Hol en bol, Andere wereld, Boven en onder*, entre otros), que representan espacios urbanos o edificaciones donde la lógica se enfrenta con lo imposible, produciendo de este modo el efecto anómalo o absurdo. Por otra parte, los escenarios fantásticos (tercera tipificación de Jiménez) no necesariamente transforman los componentes de la realidad como los anómalos, sino que, por lo general, sustituyen los elementos conocidos por otros desconocidos, cuya presencia en un marco mimético-realista resulta racionalmente inexplicable, concepción que evidencia su deuda con la definición de Todorov sobre el relato fantástico.² La «transfiguración» de Monalía la podemos asociar (sólo provisoriamente) al escenario fantástico, si consideramos que la «realización» o materialización del nuevo país emerge espontáneamente de las ideas de Olimpio, sin proceso histórico previo. Olimpio y sus seguidores subvierten las convenciones para abrir una brecha que permita dar origen al mito, prefiguración de las nuevas convenciones sobre la realidad. La oposición entre los dos mundos, el mundo irreal de Olimpio (que adquiere dimensión pública cuando se inscribe como relato en la comunidad) y el mundo ordinario, cotidiano, se dirime en la fortaleza de la «idea». El tiempo finalmente termina por limar la discordia entre las dos esferas. En este punto, resulta ineludible la asociación con el cuento «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de Jorge Luis Borges. Cuando debe justificar la intromisión de Tlön en la realidad ordinaria, Borges piensa en un procedimiento análogo al que pone en práctica el personaje de Holmberg: «Se conjetura que este brave new world es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos (...) dirigidos por un oscuro hombre de genio» (19).

El vasto plan de origen ideal implementado en Tlön reemplaza progresivamente el viejo mundo y durante el proceso de sustitución tienen lugar fenómenos que guardan cierta relación de similitud con lo ocurrido en Monalía: «La metódica elaboración de brönir (dice el Onceno Tomo) ha prestado servicios prodigiosos a

los arqueólogos. Ha permitido interrogar y hasta modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir» (28).

Los *brönir*, como se sabe, son la materialización de objetos inexistentes, copia de modelos ideales previos. En la novela de Holmberg, frente a la necesidad de acreditar la existencia de una historia, próceres que la ejecuten y discursos que la legitimen, Olimpio y sus seguidores presentan testimonios escritos respaldados por la palabra de estudiosos, según ellos inobjektibles, aunque de existencia real improbable. La incredulidad de los gobernantes de la isla y de los opositores al cambio logra desmentir los primeros documentos con pruebas que no pueden ser refutadas, poniendo al descubierto el grado de locura que acompaña el intento desestabilizador.

Promediando la novela, la imposición del nuevo relato acerca del país se torna imposible de desconocer, no tan sólo por la insistencia de su creador, sino porque la realidad que los rodea, poco a poco se va consustanciando con la «ficción» olímpica. Verdad o mentira, ni el gobierno ni el poder mediático pueden revertir el proceso.

54 55

A pesar de su sesgo fantástico, el modelo descriptivo «sociográfico» también es homologable a la construcción de la novela de Holmberg. Su trabajo se asocia con propiedad a la utopía de la Ilustración y a la eclosión del Siglo de las Luces, donde tiene lugar «el estado natural» que precede al contrato social del que hablaba Jean Jacques Rousseau.

La insularidad de Monalia surge de otro de los rasgos propios de las creaciones utópicas, la *autarquía*. El país imaginado por Holmberg casi no mantiene, en el inicio de la novela, relaciones fluidas con el mundo exterior. Hasta la emergencia de Olimpio, es autosuficiente respecto de su economía, y se muestra refractaria al comercio y a la interdependencia, tanto con los países vecinos como con los países desarrollados. Además, la sociedad monalita persiste en su *acronía*; vive fuera del tiempo, situación que se puede constatar con la lectura del primer documento escrito por Olimpio. En el mismo expresa su disconformidad sobre la falta de movilidad y «estancamiento» en que se encuentra la nación. Testimonia su argumentación citando los archivos de los últimos tres siglos que no hacen más que enumerar «documentos agrarios o emanados de la vida civil» (Holmberg:84).

Al no intervenir la política moderna en Monalia, el proceso histórico se encuentra en estado de suspensión. La reactivación episódica, por lo tanto, es la finalidad última del protagonista. A Olimpio y a Holmberg lo exasperan la falta de futuro de estas sociedades porque conjeturan que no dan lugar a la «evolución». La causalidad histórica y el tiempo se encuentran eliminados por la ausencia de procesos políticos.

Del mismo modo que la novela retoma algunas de las características que identifican a las utopías tradicionales, también establece una relación dialógica con las utopías de principios del siglo XX. La lección de *Olimpio Pitango de Monalia* acerca de la construcción de este tipo de relatos, podría residir en un intento por desautorizar el idealismo que los ha inspirado. La tensión ideológica del relato parece cifrarse en la necesidad de enfatizar la complejidad de la realidad, y polemizar con concepciones imaginarias de universos absolutos planteados como vías de escape. Querer ser otros, en una primera secuencia de manera vicaria, entregándose a la ilusión de la ficción, a una realidad de segundo grado, implica en el mecanismo del utopista, que la idea podía emanciparse de su creador y de su «artefacto» para convertirse en algún momento en parte del «proceso histórico». El pasado y el presente, la tradición y la historia son un lastre que debe ser transformado.

El mundo no está dado; para Holmberg es cambiante, modificable aunque no necesariamente perfectible. El régimen socioinstitucional «naturalmente» perfecto, tal el caso de la primera etapa de Monalia, es intervenido por las «nuevas» ideas de Olimpio, aunque en sentido contrario a la tradición originada por Tomás Moro. Holmberg reemplaza la utopía por una sociedad en proceso, encadenada al devenir impreciso del progreso evolutivo. La libertad no funciona dentro de un estado orgánico de comportamiento ideal, cerrado racionalmente, sino que interactúa con una realidad que no aporta soluciones definitivas, pero sí propicia la búsqueda e incentiva el cambio. La ruptura de la etapa «arcádica» o «dorada» de Monalia implica la hipótesis de la aceptación de la modernidad con sus contradicciones; período histórico donde no existe principio ni fin; espacio que flexibiliza las fronteras; país en el cual el porvenir no tiene un horizonte definido.

Utopía y contra-utopía en Monalia

En los primeros años del siglo XX se tradujo y publicó en Buenos Aires *La sociedad futura* (*La société au lendemain de la révolution*, 1882) de Jean Grave, que tuvo buena acogida entre los anarquistas argentinos, como así también se conoció *L'humanisphere. Utopie anarchique* de Joseph Déjacque, publicada originalmente en 1865 y traducida en 1927. La necesidad de rechazar de manera radical el funcionamiento del sistema político y socioeconómico existente estimuló la curiosidad por el «género» utópico, actitud que compartieron tanto socialistas como anarquistas. En este contexto se pueden mencionar dos autores argentinos, Julio O. Dittrich, quien escribió *Buenos Aires en el 1950: bajo el régimen socialista* (1908) y Pierre Quiroule, quien publicó en Ediciones La Protesta su obra *La ciudad anarquista americana* (1914).³

Según Félix Weinberg: «Estas obras, como se verá, expresan a través de su muy singular carácter, las consecuencias derivadas del proceso de cambio abierto en 1880: inmigración europea masiva, crecimiento industrial, formación de la clase trabajadora y aparición de las ideologías obreras clasistas» (7).

Si bien la novela de Holmberg se origina en la misma matriz sociohistórica, toma una dirección divergente a la proyectada por Dittrich y Quiroule. *Monalia*, como ya adelantamos, reúne los caracteres básicos del género utópico. Incluso Holmberg realizó un plano geográfico que adjuntó al manuscrito original. El diseño de su isla, con signos de deformidad para que no resulte tan evidente la analogía gráfica pero sí la identitaria, se asemeja a la figura de Argentina dispuesta al revés. Si lo pensamos respecto de nuestro país, Ushuaia se encontraría al norte y la Quiaca al sur. Presenta además dos islas satélites, que por latitud, podrían ocupar el lugar de las Islas Malvinas. La totalidad del complejo está ubicado, por supuesto, en el hemisferio sur.

Mientras el personaje de Olimpio lucha contra la acinesia social, tratando de insertar a Monalia en el mundo moderno, los revolucionarios de fines del siglo XIX y principios del XX intentan un movimiento en sentido contrario, lo que representaría una paradoja para la formación científico naturalista de Eduardo Holmberg. La confrontación de las utopías socioanarquistas de Dittrich y Quiroule

con *Monalia* nos permite precisar el contexto de emergencia y el alcance literario e ideológico de la «invención olímpica».

Buenos Aires en el 1950... de Julio Dittrich, es un texto narrado en primera persona que comienza en medio del «extrañamiento» del protagonista que se despierta en el futuro. El personaje ha permanecido en estado inconsciente desde 1910 hasta 1950, y se enfrenta, al recobrar su lucidez, con un mundo nuevo, con una sociedad ideal. En el año del Centenario había sufrido un golpe durante una represión policial. Cuarenta años después recupera la razón y se encuentra con una Buenos Aires socialista, dentro de un mundo donde casi todos los países adhieren a La Gran Sociedad Universal. Sólo queda, al revés de la composición utópica tradicional, una isla (en sentido literal y metafórico) aferrada todavía al capitalismo; se trata de Inglaterra. A lo largo del relato que cuenta con doce capítulos, el personaje central recorre la ciudad guiado por su hijo, un Virgilio posrevolucionario que le explica y describe el funcionamiento del nuevo sistema por el cual su padre había dado prácticamente la vida.

56 57

En los diversos recorridos que realizan por Buenos Aires, la «escenografía» ciudadana se destaca por su higiene y armonía, a la par que sus habitantes se muestran más humanos comparados con los porteños de principios de siglo XX. Ya no se usa la tracción a sangre para trasladarse. Dos son los motivos que explican el fenómeno, además del trato humanitario con los animales: las personas viven cerca de su trabajo, lo que supone ahorro de energía, tiempo y nerviosismo («el mal moderno»), y se encuentran muy desarrollados los automóviles eléctricos. El texto se inscribe, de este modo, en la línea del socialismo científico gestando una alianza con el utopismo.⁴

Dittrich no necesita utilizar argumentaciones teóricas complejas, ni extensos discursos ideológicos. Con planteos de una elaboración simple, provistos de una mínima información, o de la observación cotidiana, resuelve la exposición de una filosofía de vida fundante que da sustento a La Gran Sociedad Universal. Además de no contar con una formación erudita, su decisión simplificadora se podría asociar con la intención de imprimirle al texto un carácter popular. Dicho de otro modo, el lector, representado por el hombre común, por los trabajadores, fue un factor determinante para su escritura.

Holmberg, en cambio, se decide por una opción narrativa diferente. Su actitud transgresora no se refugia en el arte referencial puro o en el relato de clase, como lo hace Dittrich y antes lo hicieron los narradores del siglo XIX. *Olimpio* experimenta con la crisis del signo lingüístico, sin llegar a la ruptura. De este modo, ejerce una aproximación a la búsqueda de autonomía que por entonces ponía en práctica el modernismo literario europeo. La desestabilización de la lógica simbólica, a la que Dittrich se aferra y Holmberg contraría, le permite incentivar una revolución que tiene por principio el uso artístico de la palabra, poniéndola de este modo en pie de igualdad con la «subversión» formulada desde las ideas. El caso de *Olimpio Pitango de Monalia* se caracteriza, precisamente, por no prestarse a una lectura lineal. La utilización de la polifonía, tanto por la inclusión de voces de diverso registro, como por la definición ambigua de sus emisores, el uso del discurso indirecto libre, estimulando la fusión de conciencias narrativas de diversa índole, y el uso del polimorfismo discursivo convierten a la novela en un material poco accesible para un lector no iniciado.

En el plano ideológico, la familia tradicional continúa siendo para Dittrich la célula fundamental del tejido social, aunque la mujer no ha podido trascender aún los límites que le había trazado el «*status quo*» conservador. Lo condición femenina, entonces, quedó relegada a un segundo plano, confinada poco menos

que al ámbito familiar: «Así hay un convenio tácito de que ninguna mujer salga a la calle a la mañana, sino por causas excepcionales, y así todas trabajan en su casa en los quehaceres domésticos, y recién a la tarde disponen del tiempo que les queda para pasear y divertirse» (97).

Por momentos el imaginario de Dittrich representa «el ser del Estado», una corporación moral que no logra deshacerse de concepciones autoritarias o fuertemente dirigistas, a pesar de presentarse como un proyecto alternativo de sectores política y socialmente legitimados como revolucionarios. En el caso de Monalia, Holmberg le otorga a la mujer una participación político-institucional que para la época representaba una postura de vanguardia en materia de género, incluido el derecho al voto.

La ciudad anarquista de Quiroule, publicada en 1914 por Ediciones La Protesta, a su vez, proclama que la solidaridad es inherente a la condición humana, coincidiendo con la representación de Monalia en el período utópico, que Olimpio, su protagonista, se encarga de relativizar.

Pierre Quiroule exterioriza una nostalgia subsidiaria de las llamadas sociedades primitivas, a pesar de que su utopía se proyecta hacia el futuro. Muy probablemente se ha visto influenciado por la noción de «Ciudad Ideal», de raíz medieval, que tanto fascinaba a Kropotkin.⁵ La aldea o pequeña ciudad medieval ofrecía como alternativa a la alienación moderna, la convivencia y el apoyo mutuo en la producción y el intercambio, tanto en las artes y oficios como en los insumos necesarios para la vida cotidiana, sin la mediación de un estado burócrata y autoritario ni la manipulación de un mercado que ostente un poder omnipresente.

Quiroule, menos inocente que Dittrich, y más revolucionario que reformista, propone un cambio traumático. La peripecia histórica no representa un final relativamente pacífico de la escalada de luchas sociales, que fueron *increscendo* a lo largo del tiempo como se plantea en *Buenos Aires en el 1950...*; sino que para inclinar el fiel se necesita el *putch* final contra el poder omnímodo del Estado, premonitorio (en sentido contrario al esperado por Quiroule) del golpe del '30.

En cuanto a la producción simbólica, Olimpio introduce la «discordia» en Monalia a través de la palabra, y con ella se fundan los partidos políticos modernos y se multiplican sus agentes oficiosos (la prensa escrita). En *La ciudad anarquista* de Quiroule, el periodismo ha sido desplazado por la propia dinámica sociomoral; la imprenta mantiene un lugar de relevancia sólo en la producción de textos pedagógicos. Entre los libertarios no hay lugar para «las impresiones sin objeto, como los diarios, las revistas, y la literatura hueca» (Quiroule:154).

Quiroule intenta alejar el riesgo del relativismo que estimula Holmberg. Pretende instaurar una verdad de tipo epistemológico cuya axiología se regula por los principios de la vida colectiva y la decisión política unilateral. Sucede entonces que este proyecto y proceder se desentiende del peso de antiguas instituciones y categorías como ciudadanía, sociedad civil/representación parlamentaria, responsabilidad/virtud cívica, vaciadas todas, según su óptica, por un Estado irresponsable. Así como estos principios republicanos fueron los tópicos centrales del siglo XVIII y del período fundacional de la Argentina, lo son también de la discusión que plantea Monalia como sociedad moderna. Holmberg escribe por oposición a los textos de Dittrich y Quiroule.

La utopía de Pierre Quiroule pretende encarnar una revolución auténtica guiada por la doctrina anarquista: reemplazar el Estado por comunas independientes, libertad individual, igualdad, justicia y contacto armónico con la naturaleza. Detiene el expansionismo sin límites del capitalismo y descentraliza el poder estatal, fragmen-

tando la sociedad en pequeños grupos autosuficientes. En cambio, el liberalismo estimula las acciones del protagonista de la novela de Holmberg. Olimpio, entre la perturbación mental que le atribuyen y su «visión histórica», dinamita el cerco utópico para que «la modernidad» conduzca el destino de la nueva Monalia.

Si bien el autor de *Olimpio* no comulga desde un comienzo con la economía como eje ordenador del funcionamiento de un país, alienta la industrialización como desarrollo y producto del conocimiento científico. Este aspecto de la modernidad irrumpe en la nueva Monalia bajo diversas formas, incluida la fabricación de armas para proteger la soberanía de la isla frente a la amenaza de los países imperiales (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia), concepción que confronta con el imaginario de sus contemporáneos.

El proyecto «progresista» de Olimpio, a diferencia de los centros comunitarios de Quiroule que se ubican en el interior del país y tienden a cerrarse sobre sí mismos, se erige como un eslabón más de la economía política internacional, aunque como veremos impone algunas restricciones. La mención de la necesidad de producir armas de guerra se encuentra directamente influenciada por el presente histórico de la escritura de Holmberg. La composición de la novela fue acompañada por los aprestos bélicos de los países centrales, que se pertrechaban ante la inminencia de la Primera Guerra Mundial. En la Argentina, mientras tanto, se convertía en pública la discusión sobre la profesionalización del ejército, en vísperas de la guerra. Del debate participaron particularmente las bancadas socialistas del Congreso, y las dos corrientes enfrentadas dentro de la jefatura militar, la profrancesa y la hegemónica progermánica. Sus representantes más destacados en la compulsa resultaron el entonces coronel Urriburu por un lado, y el teniente coronel Severo Toranzo y el coronel Alberto Noailles, a las órdenes de Sáenz Peña, por el otro.⁶

58 59

De todos modos, si bien (darwinista al fin) la isla debe contar con los «instrumentos con que los pueblos defienden su existencia o luchan por la vida», sus instituciones deben privilegiar un orden cívico, al punto que «la nueva constitución no se promulgaría mientras Monalia no estuviera en condiciones de adherirse al Congreso de la Haya, sublime símbolo de la paz» (Holmberg: 145).

Como se puede anticipar la novela internaliza y superpone distintos ámbitos y tiempos, el pasado y el presente; una mirada defensora de la «lucha por la subsistencia» con la necesidad de reglamentar las instituciones de acuerdo a marcos regulatorios internacionales que propicien la paz. Las significaciones, a lo largo del texto, se van a entrecruzar sin ofrecer, en la mayoría de los casos, señales claras que den preeminencia a una lectura por sobre otra.

Por otra parte, la monumental industria creada por la Gran Sociedad Universal en la novela *Buenos Aires en el 1950...* de Dittrich, controlada por un poder estatal concentrado, se diferencia de la propuesta republicano-institucionalista de Olimpio y sus seguidores, que distribuyen la toma de decisiones sobre la industrialización y el «mercado» en los distintos estamentos sociales. Con respecto al funcionamiento del liberalismo económico, queda expuesto el posicionamiento de Holmberg, cuando el protagonista de la novela, después de haber realizado sus observaciones acerca del sistema económico argentino, se declara contrario a liberar el mercado a sus propias leyes (152–154).

En el caso de *La ciudad anarquista* de Quiroule la preeminencia del urbanismo y la industrialización a gran escala desaparecen por completo, dando lugar a la complementariedad campo-ciudad, bajo la tecnificación a pequeña escala, acorde

con la autonomía y la necesidad productiva que presentaban las comunidades rurales, regulación que se encuentra fuera de la dinámica histórica propuesta por Olimpio para refundar la «nación».

La fractura topográfica y topológica que separa a la isla del mundo real y refuerza su carácter utópico, hace que la Monalia original se encuentre detenida en un período primario (sin las suficientes variaciones génicas), como lo indica la etimología de la palabra que da nombre al lugar.⁷ Al no presentar cambios de ningún tipo entre una generación y otra, el texto oscila entre una deformación del comportamiento de la naturaleza, según las teorías naturalistas más extendidas, y el dogma creacionista que postula el origen divino del hombre. Si bien el principio de la selección natural que impulsa la lucha por la vida es un componente fuerte de la teoría darwinista, Holmberg en este período, parece preocuparse más por otro aspecto de la misma, la descendencia con modificaciones, consecuencia de la «variedad», y por qué no, del azar. Toda evolución, parece sostener Holmberg, se basa en la mutación y en la relación que existe entre inestabilidad (inherente al libre arbitrio que pone en tela de juicio ideas recibidas y reflejos pavlovianos), creatividad y cambio. El peso de los hábitos y el temor de lo desconocido presentan serios obstáculos para la transformación de las mentalidades. La intervención política de Olimpio va a desarticular el equilibrio «génico» de Monalia, así como metafóricamente va a desenmascarar el presunto «organicismo» del discurso dominante proveniente de fines del siglo XIX.

Por último, el problema que Holmberg detecta en las utopías, radica en la rigidez conceptual y formal con que son concebidos y elaborados sus universos. No por otra cosa va a refundar «el país más hermoso del mundo, donde todos los poetas y teólogos que lo han visitado han sentido la necesidad imperiosa de considerarlo como un Edén, como el verdadero Paraíso Terrenal» (75).

El Edén es sinónimo de muerte histórica para Holmberg. Los convencionalismos son el principal enemigo del género así como del lector. Las sociedades apartadas, reclusas en un mundo sofocante de tanta felicidad impersonal, fatalidad que lleva a sus habitantes a sentirse «bendecidos» por su modo inalterable de vida, condiciona, maltrata y frustra cualquier insinuación de esperanza futura. Las utopías son moralistas y en su mayor número promueven el olvido de sí. Son mundos donde domina el «Bien» por lo tanto carecen de espesor; se asemejan demasiado a los idilios religiosos de la primera hora. La utopía privilegia lo homogéneo, la repetición y lo ortodoxo sin considerar que el hombre es como sostiene Cioran «un animal cismático»: «[en la utopía] Reinará únicamente la unidad, sin el ingrediente del azar o de la contradicción» (50).⁸

Compensado por el humor de tono sarcástico, Holmberg coincide con la imposibilidad teórica y real de una historia atemporal que se repliega en un determinismo clausurado. Olimpio Pitango irrumpe en el mundo estático de la utópica Monalia, que no deja de autocontemplarse. En este punto, aunque podría disentir en otros, Holmberg anticipa la postura de Emil Cioran: todas las utopías adolecen de sentido mesiánico. No es su interés cambiar «un fantasma por otro». La «fábulas de la Edad de Oro» vacían el yo moderno que se constituye de tiempo y progresión = cambio. La armonía universal y el eterno presente no existieron ni existirán jamás. La aparición de un loco (o prócer, para el caso es lo mismo) visionario y el despliegue de una concepción de la historia no esencialista, pretenden liberar a Monalia de su certeza paradisiaca, para introducirla en la lucha por la diversidad.

En este punto, Holmberg cierra la primera etapa de su discurso utópico y elabora la representación metafórica de una gesta fundacional moderna, que tiene como origen «la invención discursiva». En *Olimpio* indaga y demuestra de qué modo la ficción se puede convertir en motor de transformaciones sociohistóricas. Lo que en él podría simplemente considerarse una reproducción de los procesos fundacionales que vivió el país, puede ser traducido como una hermenéutica ontológica del discurso, tanto literario como historiográfico.

El proceso fundacional de la nueva Monalia pareciera desconocer la diferencia entre la realidad y la capacidad ficcional del hombre; pareciera sugerir que todos los acontecimientos son igualmente imaginarios, o mejor dicho productos de la imaginación. Monalia es un fenómeno esencialmente «ideal». Un país o nación, según el grado de abstracción conceptual que queramos otorgarle, se gesta de invención en invención; resulta una fundación constante.

60 61

Notas

¹ Ver Ainsa.

² Ver Todorov.

³ Tanto Dittrich como Quiroule pertenecieron a la inmigración que llegó a nuestras costas sobre el fin del siglo XIX; uno de origen alemán y el otro francés, ambos formados en las antípodas ideológicas de Holmberg. Dittrich y Quiroule frecuentaron los movimientos libertarios de origen socialista y anarquista respectivamente. Eran asiduos asistentes a las conferencias y los centros de estudios para obreros que funcionaban como propagadores de las ideas revolucionarias. Quiroule colaboró con medios periodísticos pertenecientes a la resistencia y escribió también ensayos y obras de ficción. Pierre Quiroule, seudónimo de Joaquín Alejo Falconner, escribió para *El perseguido*, *La Liberté* y *La protesta*. Publicó en forma de libro *El fusilamiento de Francisco Herrero o sea la infamia negra* (1910), *Sobre la ruta de la anarquía* (1912), *Nueva hipótesis sobre la formación del universo* (1917), *Un Espartaco negro: la tragedia de Teach* (1912), *El gran origen europeo: drama en cuatro actos y dieciocho cuadros* (1917), *El ojo maldito* (1918), *En la soñada tierra del ideal* (1924), y el texto que nos ocupa, *La ciudad anarquista americana* (1914). Julio Dittrich, en cambio, no tuvo participación activa como periodista en los órganos de prensa libertarios; tampoco se destacó como intelectual; su único escrito conocido fue *Buenos Aires en el 1950: bajo el régimen socialista* y su actuación principal en el ámbito público, se resolvió como afiliado y militante del Partido Socialista.

⁴ Ver Sánchez Vázquez.

⁵ Ver en *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*, de Kropotkin, el capítulo «El apoyo mutuo en la ciudad medieval».

⁶ Ver García Molina.

⁷ La referencia a la isla de Monalia como lugar de los monos, por un lado, es una ironía sobre el carácter primario de los argentinos y, por otro, es depositaria de un potencial que puede desencadenar en una evolución hacia estadios superiores del hombre.

⁸ Emile M. Cioran compartiría algunos de los cuestionamientos que de manera implícita plantea la novela de Holmberg. El «mundo feliz» que proponen las utopías despierta la curiosidad cínica de Cioran. «Conociendo lo que es el hombre», le resulta incomprensible el intento de convertirse en un demiurgo improvisado que vuelca todo su esfuerzo en «la creación» de una realidad alternativa: «En ellas nos vemos constreñidos a una felicidad hecha de idilios geométricos, de éxtasis reglamentados, de mil maravillas atosigantes: así se presenta necesariamente el espectáculo de un mundo perfecto, de un mundo fabricado (...) para concebir una verdadera utopía, para esbozar, con convicción, el panorama de la sociedad ideal, hace falta una cierta dosis de ingenuidad, hasta de tontería. (...) Las únicas utopías legibles son las falsas, las que escritas por juego, diversión o misantropía, prefiguran o evocan *Los viajes de Gulliver*, Biblia del hombre desengañado, quintaesencia de visiones no quiméricas, utopía sin esperanza. Merced a sus sarcasmos, Swift desestupidizó un género hasta casi anularlo» (120–121).

Bibliografía

- AINSA, F. (1999). *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- BORGES, J.L. (1992). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.
- CIORAN, E. (2003). *Historia y utopía*. Barcelona: Tusquet.
- DITTRICH, J. (1908). *Buenos Aires en el 1950: bajo el régimen socialista*. Buenos Aires: Taller Gráfico Barracas.
- GARCÍA MOLINA, F. (2010). *La prehistoria del poder militar en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- ENDE, M. (2000). *La historia interminable*. Buenos Aires: Alfaguara.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, J. (2006). «Filosofía de ciudades imaginarias». *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* 44(113), 1–193.
- KROPOTKIN, P. (1905). *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Valencia: F. Sempere.
- HOLMBERG, E.L. (1994). *Olimpio Pitango de Monalía*. Buenos Aires: Solar.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (1975). *Del socialismo científico al socialismo utópico*. México: Era.
- TODOROV, T. (1999). *Introducción a la literatura fantástica*. México: Coyoacán.
- QUIROULE, P. (1914). *La ciudad anarquista*. Buenos Aires: La Protesta.
- WEINBERG, F. (1977). *Dos utopías argentinas de principios de siglo*. Buenos Aires: Solar.

Dellarciprete, Rubén

«Del realismo utópico de Julio Dittrich y Pierre Quiroule al historicismo contra-utópico de Eduardo Holmberg». *El hilo de la fábula. Revista anual del Centro de Estudios Comparados* (13), 51–62.